

---

# Zazen con los presos

## **Eveline Pascual, Dojo Aachen (Alemania)**

Una vez al mes, voy a prisión. Por propia voluntad. Hago zazen con algunos presos. Una de ellos me había escrito para pedirme crear un grupo de zazen en la cárcel de Aix-la-Chapelle. Tras algunos meses lo conseguimos y desde febrero de 2008 hacemos regularmente zazen.

El reglamento de la cárcel es estricto: los zafus no están autorizados, nos sentamos en mantas dobladas. Tenemos exactamente dos horas y ni un segundo más a disposición. Muchas veces hemos tenido que dejar el calzado en los pasillos porque habíamos tenido que dejar la sala. Tan sólo es permitido un equipamiento mínimo. Al principio, tuve que negociar ferozmente con los funcionarios para cada accesorio tal como el Buda, la campana, Cuaderno de kusen. Pero improvisamos y lo principal es que hacemos zazen.

Como el tiempo está medido, debo limitar la introducción para los principiantes. Las ceremonias están adaptadas, pero casi todos recitan el Hannya Shingyo con una voz fuerte y firme.

Muchos tienen problemas corporales y, en consecuencia, dificultades para tomar la postura de zazen. Pero se esfuerzan. En el dojo o durante las sesshines, para corregir su postura, tocamos el sacro de los practicantes, pero allí, pido educadamente (y respetuosamente) si puedo corregir la postura. Los participantes son “duros,” es decir tienen condenas de muchos años. ¿Por qué? No quiero saberlo, pueden hablar de ello con su terapeuta. Que yo sepa, no hay personas que hayan cometido violaciones o delitos sexuales con menores, pues esos son encarcelados separados y no se benefician de ningún privilegio.

Jamás he tenido miedo de pasar esas dos horas sola con “mis” chicos. Tienen entre 25 y 60 años, un tercio de ellos son musulmanes y tienen una postura fuerte. Aunque algunos tengan una espalda o unas rodillas dañadas o una cantidad impresionante de metal en el cuerpo como consecuencia de roturas de huesos, se esfuerzan en tomar la postura óptima adaptada a su situación.

Están deseosos de intercambiar. No quieren una discusión sin orden ni concierto sino más bien hablar de su práctica, de un kusen, de un capítulo del Shobogenzo, o del zen en lo cotidiano, que es aquí muy diferente de lo que podemos vivir en el exterior. Para mí es siempre apremiante pero, al mismo tiempo, un desafío. Cuando preparo un kusen o hablo con ellos, debo estar muy atenta pues su vida y sus circunstancias son muy diferentes. A veces surgen cuestiones como: “¿Está bien? ¿Es normal que golpee a un delincuente sexual de niños? ¿Es una buena acción?”

El grupo se entristece cada vez que un practicante asiduo es liberado o transferido. Por supuesto que hay quienes lo dejan tras tres o cuatro sesiones, porque es demasiado obligatorio o no hay pasteles... Pero los que se quedan practican seriamente, tienen tiempo de preocuparse cada uno a su manera. En la sangha, hemos reunido ya numerosos libros sobre budismo y los hemos ofrecido a la biblioteca de la cárcel, así cada uno puede cogerlos en préstamo. Algunos incluso de han comprado libros como el Shobogenzo.

-----

Para mí es refrescante ver cómo algunos de ellos se transforman con la práctica. En este microcosmos que es una prisión, es más evidente que en el exterior. Empiezan a abrirse, aprenden a empezar a comprender, hacen preguntas pertinentes, quieren aprender todavía más y están ávidos de las enseñanzas. Dos de ellos han pedido la ordenación de bodhisattva. Después de haber hablado de ello con Roland, que me dio su consentimiento, hice un taller de ordenación especial para ellos, lo que no agradó a los funcionarios, pues eso les daba más trabajo y me lo hicieron saber. Pero con ayuda de la asistente social, de Silvia Lever y de algunos miembros de nuestro dojo, hice una ceremonia de ordenación aunque muy improvisada, idéntica a las de Grube o Maredsous con los mismos sutras, los sanpais, la ceremonia del arrepentimiento, los rakusu, la transmisión. Fueron acogidos en la sangha y llevan el rakusu durante el zazen, evidentemente.

Una vez al mes voy a la prisión y ayudo a algunos prisioneros a huir de la prisión... No del edificio con sus barrotes en las ventanas y las numerosas puertas de seguridad, sino de la prisión que existe en sus cabezas. La mayor parte de los liberados, llevan la cárcel para el resto de su vida en ellos. Los que practican zazen, dejan esa prisión en la cárcel tras ellos.